



EL JUICIO FINAL.

(Copia del famoso cuadro original de Miguel Ángel.)

—Carlota, continuó el rey tomándole una mano; decid al príncipe que desde hoy cuento con mi amistad.
—Gracias por tanta bondad, señor, respondió Carlota llena de agradecimiento.

XI.

Antes de haber trascurrido una hora, volvió á partir el carruaje.

Esta vez, el corazón de Carlota se hallaba mas tranquilo.

Habia conseguido ablandar el corazón del enamorado y caprichoso monarca.

Algunos días después, S. M. el rey de Francia concedió el mando del ejército de Navarra al príncipe de Condé.

De este modo, aquel rey, reparó una falta que solo había cometido en la intención; pero de la cual, afortunadamente, le había apartado aquella esposa, que de allí á pocos años fué á morir llena de miseria y de dolor dentro del mas humilde granero de Colonia.

FIN.

VIAJE Á LA CHINA.

LHA-SSA. HUC Y GABET.

(Conclusion.)

Durante esta conversacion brusca y rápida, llegó el resto de la caravana, el jefe la mandó hacer alto, los camellos formaron semicírculo, y un carro con cuatro ruedas, se colocó en medio. *Sok, sok*, exclamaron los camellos, á cuya voz todos los camellos se echaron á la vez. Mientras que por ensalmo se alzaban tiendas á orillas del riachuelo que por allí pasaba, dos mandarines condecorados del glóbulo azul, acercáronse al carruaje, cuya portezuela abrieron, y vimos apearse una dama tártara, envuelta en un largo traje de seda verde: era nada menos que una reina del país de Khal-kas, que iba en peregrinación á la famosa *Lamaseria* de las Cinco Torres, provincia de Chan-sí: en cuanto nos apercibió nos saludó alzando las dos manos:

—Señores Lamas, nos dijo, vamos á campar aquí... ¿es dichoso este lugar?

—Peregrina real de Mourguevan, la respondimos, en paz puedes encender tus hogueras en este lugar; nosotros vamos á proseguir nuestro camino, porque el sol estaba ya muy alto cuando llegamos nuestra tienda.—Dicho esto, nos despedimos de la numerosa caravana tártara de Mourguevan.

En la noche de aquel mismo día, nuestros misioneros fueron sorprendidos por una horrorosa tempestad; con muchísimo trabajo pudieron al fin fijar su tienda, y tuvieron que renunciar á la esperanza de encender fuego. En el sitio donde acamparon ni una raíz, ni una mata encontraron; ya se preparaban á cenar con un poco de harina desleída en agua, cuando vieron llegar hacia donde ellos estaban, á dos tártaros conduciendo á un pequeño camello. Después del saludo de costumbre, dijo uno de ellos:

—Señores Lamas, hoy se ha hundido el cielo y probablemente no habrán podido encender su hoguera.—Efectivamente, contestaron; nos ha sido imposible. «Por eso, repusieron aquellos buenos tártaros, hemos venido nosotros en vuestro socorro y tendreis fuego; los hombres somos todos hermanos, y como tales debemos prestarnos mutuo auxilio.»

Durante la cena que fué fraternalmente participada, uno de los tártaros refirió á los misioneros que había hecho la guerra dos años atrás contra los *rebeldes del Mediodía*; así designaban los tártaros á los *ingleses*; y como su relato literalmente traducido por Mr. Huc, es demasiado característico, no podemos menos de ceder á la tentación de trasladar siquiera el trozo final:

«Cuando el emperador, dice, nos envió su santa ordenanza, cada uno de nosotros eligió su mejor caballo; sacudimos el polvo que cubría nuestros cascos y armaduras; afilamos las flechas y las puntas de nuestras lanzas, y en cada tienda se mataron corderos para asistir al festín de despedida. Nuestras mugeres y niños lloraban, pero nosotros las dirigíamos discursos razonables. Nos fuimos acto continuo camino de Pekin. —¿Visteis el enemigo, os batisteis? interrogó el camellero.—«No, repuso el tártaro: nos llevaron á Tien-Tsin-Vei, donde esperamos tres meses, pero el enemigo no osó presentárenos. Los Kitat (chinos) nos repelían doquiera, que marcháramos á una muerte segura. ¿Qué pensais hacer, nos decian, contra unos monstruos marinos, que viven como peces dentro del agua, y cuando menos piensa uno se aparecen á la superficie y arrojan enormes calabazas inflamadas? Cuando uno estiende el arco, continuaban, se vuelven á zambullir como ranas dejándonos burlados. Pero nada de eso nos espantaba, porque antes de emprender nuestra marcha los grandes Lamas han abierto el misterioso libro de los secretos celestes, y nos aseguraron que la empresa tendría para nosotros un éxito feliz, y los *rebeldes* han pedido la paz. El *Maestro-Santo* en su inmensa misericordia, se dignó otorgársela y nosotros hemos regresado á nuestras praderas á velar sobre nuestros rebaños.»

Otro día, los dos misioneros tropezaron con una imponente y magestuosa antigüedad en medio de un desierto: consistía en una gran ciudad abandonada; las grandes murallas almenadas, las atalayas, las cuatro grandes puertas situadas en los puntos cardinales, todo estaba perfectamente conservado, solamente que se hallaba medio enterado y oculto por un verde y abundante césped. ¡Nuestros misioneros penetraron en aquel mudo y ancho recinto,

sobrecogidos de tristeza y pavor! Allí no vieron ruinas, ni escombros, sino una vasta y bella ciudad medio enterrada, cubierta como en un sulario de yerba y musgo.

Un joven pastor mongólico sentado en un cerrillo, fumaba tranquilamente su pipa, mientras que sus cabras comían y triscaban sobre la yerba de las desiertas murallas. Ambos misioneros le interrogaron en vano, todo cuanto pudo enseñarles fué que llamaban á ese sitio la *Ciudad vieja*. «Se encuentran con frecuencia en los desiertos de la Mongolia, dice Mr. Huc, rastros semejantes de grandes pueblos; pero cuanto concierne al origen de esos monumentos antiguos queda envuelto en las tinieblas... Son tumbas sin epítafios, en derredor de las cuales reinan una soledad y un silencio, que nada viene á interrumpir. Solo de vez en cuando se detienen allí un instante los tártaros en sus escursiones vagabundas para apacentar sus rebaños; lo que puede asegurarse, añade, respecto á esas grandes ciudades es, que se presume que su existencia no se remonta mas allá del siglo XIII.»

Tales fueron algunos de los episodios que señalaron la travesía por esa parte de la Tartaria efectuada por Mr. Huc. —Al hacernos la descripción general del país, Mr. Huc se espresa así: «El desierto es á veces horrible y odioso; pero otras veces posee unos encantos que se buscarían en vano en los países habitados. El aspecto de la Tartaria es *sui generis*, á nada en el mundo se asemeja. En las naciones civilizadas halla uno de quiera en su tránsito, ciudades populosas, una cultura variada y rica; los mil productos de la industria y de las artes, y las incesantes agitaciones del comercio; sintiéndose uno incesantemente arrebatado y como envuelto en un torbellino. Pero en los países por el contrario adonde la civilización no ha podido penetrar todavía, no hay mas que bosques seculares, acompañados de toda la pompa de su exuberante cuanto gigantesca vegetación; y el alma se siente como anonadada al aspecto de aquella naturaleza magestuosa y poderosa. En la Tartaria, no hay nada de eso, ni ciudades, ni edificios, ni artes, ni industria, ni cultura, ni aun bosques: siempre y en todas partes hay vastas praderas, interrumpidas á veces por inmensos lagos, magestuosas rías, y atrevidas montañas, que se desenvuelven de vez en cuando en inconmensurables llanuras. Entonces cuando se encuentra uno en esas soledades espaciales, cuyos límites forman horizonte, se figura uno hallarse en un día de perfecta calma en medio del Océano. El aspecto de los llanos de la Mongolia, no excita ni alegría ni tristeza; una mezcla mas bien de ambas sensaciones; un sentimiento de melancolía religiosa que poco á poco eleva el alma sin hacerle perder de vista enteramente las cosas terrestres.»

«Encuétranse algunas veces en la Tartaria, llanuras mas animadas que de costumbre; esto acontece cuando la hermosura de las aguas y de los pastos, han atraído y reunido en un punto muchas familias, porque entonces alza en todas direcciones tiendas de diversos tamaños, y las matronas hacen el thé al aire libre, y preparan la leche que ordeñan de los rebaños, mientras que los hombres cuidan de estos, y los gobiernan con grandes lanzas desde sus fogosos corceles.»

Mr. Huc, prosigue su viaje sin mas guía que un mapa de la China que lleva en la mano, escribiendo sus aventuras y sus impresiones. Particularmente los capítulos que consagra á hablar de los tártaros, nos han escitado el mas vivo interés. Para comprender esto es preciso leer en la relación de Mr. Huc, los detalles relativos á la fiesta de los panes, de la luna, á los festines, á las rapsodias, al demonio de las fiebres intermitentes, á los funerales de los reyes, etc. Y sobre todo, la que es menester leer es la historia del camellero Samdadchiemba.

Un poco mas allá de la estación China de Chaborté donde renovaron sus provisiones de harina, los dos misioneros dejaron á la derecha el camino que siguen ordinariamente las embajadas rusas que van á Pekin, y entraron luego en el territorio denominado, Remo de Ele, habitado por los mas terribles luchadores de la Mongolia meridional. Luego nuestros misioneros hicieron tres jornadas por los cultivados terrenos de Tounet, y entraron en la *ciudad azul*, llamada por los chinos Koua-Hoa-Tchen; hospedándose en la posada titulada de *Las tres perfecciones*.

A los dos meses de haber dejado la *ciudad azul*, llegaron á Tang-Keou-Eul, pueblecito situado á orillas del río Keou-Ho, y el relato de sus aventuras durante estos setenta días de marcha, llena la cuarta parte del primer tomo, aventuras interesantes que sentimos no poder trasladar aquí, teniéndonos que concretar á indicar su itinerario. Atravesaron el río amarillo, en la época de uno de sus mas famosos desbordamientos; luego el Paga-Gol, vasta estension de agua formada por la reunión de dos rios; y el país de los ortous, el mas miserable que existe en la tierra, donde nuestros misioneros hallaron al rey de los alechans que se dirigia á Pekin, con un pomposo cortejo, con el objeto de felicitar el año nuevo al emperador, en el primer día de la primera luna, con todos los demas principes tributarios. Por los informes que tomaron de los mandarines, variaron un poco su itinerario. Evitando el país de Alechán que habia vuelto casi inhabitable la sequía, atravesaron nuevamente la ría amarilla, entraron dentro de la gran muralla, y viajaron en la China por la provincia de Kak-Sok.

Hasta Tang-Keou-Eul, los señores Huc y Gabet prosiguieron con éxito y bastante rapidez el itinerario que se habian trazado; pero segun las noticias contestes que de todas partes les daban, consideraron como empresa casi imposible la de poder llegar á la ciudad de Lha-Ssa: con todo, resolvieron llevar adelante su designio, aguardando sin embargo primero, que pasara una embajada tibetana que tenia que regresar de Pekin;—tardó ocho meses, durante cuyo intervalo de tiempo se dedicaron nuestros misioneros al estudio del idioma. Finalmente, en setiembre, supieron la llegada de dicha embajada á Tang-Keou-Eul, donde debia descansar durante pocos dias para hacer provisiones y or-

ganizarse en caravanas: ellos tambien se apresuraron á comprar provisiones, para cuatro meses, con las cuales dirigieron hacia Koukou-Noor (mar azul) en Mougolia, para esperar al paso de sus futuros compañeros de viaje. El motivo que les hacia temer emprender solos el viaje del mar azul, á Lha-Ssa, era el de los foragidos que infestaban el país.—Al siguiente dia de su partida, los señores Huc y Gabet hallaron la caravana, la que dejaron desfilar por delante de ellos para trabar conocimiento con sus camaradas de viaje; el inmenso número de hombres y animales que componian la caravana tibetana, lo formaban:

| | |
|---------------------------|---------|
| Bueyes de pelo largo..... | 15,000. |
| Caballos..... | 1,200. |
| Camellos..... | 1,200. |
| Hombres..... | 2,000. |

Estos eran tibetanos y tártaros; algunos á pie, otros montados en bueyes, otros en camellos, y el mayor número á caballo; todo el mundo iba armado.—Flanqueaban la caravana, cuyo viaje no debia terminar hasta Lha-Ssa, una escolta de 300 soldados chinos, y 200 tártaros.

Diez y ocho meses viajaron de este modo, pasando penas y trabajos, cuya narración eriza los cabellos y hiela el corazón, hambres, epidemias, huracanes y frios glaciales; primero, hubo una horrible mortandad de animales y luego de personas, y hubo tambien trechos en que caminaban como en medio de un cementerio de osamentas y hacinados cadáveres, restos mortales de otras caravanas que no habian sido mejor tratadas.

Por fin, el día 29 de enero de 1846, los misioneros Huc y Gabet, desembocaron en un anchuroso valle y atisbaron sobre su derecha esa gran metrópoli del mundo Buddico, Lha-Ssa, ofreciendo un aspecto magestuoso é imponente.

Lha-Ssa no es una gran ciudad; tiene cuando mas dos leguas de circunferencia, y tampoco está encerrada como los pueblos de la China en un recinto amurallado. Fuera de sus arrabales se estienden gran número de jardines, plantados de hermosos árboles, que le proporcionan un hermoso cinturón de verdura. Sus principales calles son anchas, bien alineadas, y bastante limpias cuando no llueve; los arrabales, son de un desaseo repugnante; las casas de dos y tres pisos, terminan en una azotea; el interior de ellas no corresponde desgraciadamente al exterior. Las habitaciones son sucias, exhalando olores fétidos. En los arrabales, dice Mr. Huc, hay casitas construidas en su totalidad de cuernos de cabras y bueyes, muy sólidas en su construcción, y que no ofrecen un desagradable aspecto.

Los templos de Buddha son los edificios mas notables de Lha-Ssa. Hacia la parte septentrional de esa ciudad religiosa, y á un cuarto de hora de distancia, se alza una montaña escabrosa de forma cónica, llamada Buddha-La, (montaña de Buddha); allí es en efecto, donde los adoradores de Talé-Lama han erigido un palacio magnífico donde en carne y hueso, reside su divinidad.—Cuando nuestros misioneros dieron principio á su obra evangélica, de convertir á los Lamas, con bastante éxito, el gobernador los espulsó de Lha-Ssa, y tuvieron que marchar, llegando tras de siete meses de viaje á Macao.—Creo que hemos dicho lo bastante para recomendar el precioso libro de Mr. Huc, y excitar el deseo de su lectura, á los que se hayan dignado pasar la vista por las precedentes líneas.

P. DE PRADO Y TORRES.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

A orilla de los mares turbulentos
Parando un punto mis cansadas huellas,
Vi pasar un bajel envuelto en vientos,
En olas y en estrellas.

Y al abismo inclinándome del cielo,
Que al otro abismo de los mares toca,
Una voz escuché, sin que en mi anhelo
Pudiera ver su boca.

«Bien haces, oh poeta, que meditas
A la orilla del mar que arrulla el viento,
Leyendo cosas que conserva escritas
Su seno turbulento.»

«El mar es el Señor, con honda huella
Grabado está doquier su augusto nombre,
El viento es el Señor, él es la estrella,
El bajel es el hombre.»

FEDERICO BALART.

TONTOS Y AMBICIOSOS.

Ceuta tiene buena entrada
pero mala la salida,
aquel que al moro se pasa
tiene pena de la vida.

No podré decirte, lector querido, quién haya podido ser el autor de esos cuatro versos, pero desde luego te afirmaré que no han salido del número de Viedma, de Mobellan, de Sotomayor, de R. de Mendoza, ni de los que hermean con sus inspiraciones las columnas de *El Mundo Pintoresco*. Me parece que puedo circunscribirlo al ¡ay! lastimero de los dos mil *bien-aventurados* que á fuerza de sufrir persecuciones por la justicia, han venido á dar con sus humanidades en lo que conocemos con la denominación de Presidios de Africa.

La deducción es sencillísima, porque con frecuencia hie-re mis oídos esta cantilena, acompañada con el ruido monótono de las cadenas.

Odiemos el crimen y compadezcamos á los delincuentes que, taciturnos y sombríos, demuestran en su abatida faz la voz de la conciencia... y la pena del remordimiento...

Aquí he visto á Blanco Roma-Santa, que conocido por el *hombre lobo*, ocupó á la prensa por muchos dias: he examinado al famoso bandido el *Gatet*; al supuesto marqués de Villaverde, y á otras muchas notabilidades, cuya perversion de costumbres trae origen á no dudar del absoluto abandono en su educación moral y religiosa.

No es la vez primera que impulsado por la necesidad social y por la idea religiosa, se ha ocupado mi humilde pluma de este asunto, para que se adoptasen convenientes disposiciones, á fin de moralizar y suavizar los instintos feroces de estos desgraciados.

«Los presidios necesitan reformas—decia en mis cartas económicas,—porque son focos de inmoralidad, donde confundidos los penados, por delitos diferentes, se hacen malos los buenos y se empeoran los que no lo son. Pero lo que es sumamente sensible á cuantos saben apreciar la influencia que la educación y los buenos consejos ejercen en el corazón del hombre, es ver á estos desgraciados abandonados á sus extraviados juicios, con los cuales van formando esas conciencias, reconócidamente perjudiciales á las sociedades antiguas y modernas. Sin otros capellanes que los sentenciados por delitos horribles, pasan los años sin oír una espresion de consuelo que dulcifique sus penalidades y lleve á sus corazones el íntimo convencimiento de que la sociedad ha juzgado, muy justamente, como un delito el daño que infirieron á sus semejantes. Esta convicción infundiría en ellos el arrepentimiento, y se acogerían á las sanas doctrinas del cristianismo, y verian dulcificados esos sufrimientos que son inherentes á nuestra precaria existencia. ¿Por qué no se destinan para la dirección moral de estos establecimientos, á los virtuosos eclesiásticos que con tanta abnegación marchan á la India á difundir la luz de la civilización evangélica? Mucho tendrían que enseñar, pues á la mayor parte de los criminales que he examinado, los he encontrado extraños á toda idea de moral religiosa cuya ceguera ha sido indudablemente la causa de la perpetración de los delitos.

Quisiera ver una estadística de reincidencias criminales, y por los resultados comparativos con las de otras naciones, deduciríamos la notable diferencia de unos á otros establecimientos penitenciarios.

No puedo ocultar como buen español el sentimiento que me causa la sonrisa de los curiosos ingleses cuando examinan el presidio de esta plaza. En cambio he admirado sus establecimientos penales de Gibraltar, y consultándome decia: ¿Por qué no hemos de utilizar las lecciones de una escuela que recibe criminales y devuelve á la sociedad seres virtuosos? ¿Por qué no hemos de ser mas previsores fijándonos en los claros que nos ofrece ese horror que tanto ennegrece las páginas de nuestra historia?

Apartemos, lector amigo, la imaginación de ese cuadro que entristece mi alma, porque no es mi ánimo el hablarte hoy de la especialidad de este punto, ni de emitir mi pobre opinión, sobre cuál de los sistemas daría mejores resultados en nuestra patria.

Comprendo que lo que ahora se practica es inferior á todo, y replegando mis ideas, me acojo al punto de partida que me impulsara á trazar estas líneas.

Ténlas, lector, por un *alerta*, para que no te sorprendan y cuenten en el número crecido de los ambiciosos ó de los tontos.

No me frunzas el ceño, porque hasta el fin no suele presentarse la dicha, y aunque te supongo despejado y previsor, sin embargo, han caído en semejantes lazos individuos de tan buena razon....

Supongamos que te dirigen una carta diciéndote, que cuentan con tu honradez y amistad para que adquieras cantidades y alhajas enterradas en el distrito del pueblo que habitas, cuyo tesoro fué escondido por consecuencia de una acción dada en el mismo punto, ya en la guerra de los siete años, ó tomando por pretexto cualquiera de los acontecimientos políticos que han afligido á nuestra patria; que te citan hechos exactos, personas que conocistes y que halagan hasta las ideas políticas que sustentas. El individuo que te escribe tomará el nombre de un alojado que tuvistes, de un amigo antiguo, ó de una persona que conocistes y que se hace la víctima de tus mismas ideas. Te ofrece el 25 ó 30 por 100 de la adquisición, para que con el remanente del supuesto hallazgo, le vayas socorriendo en sus necesidades y, en fin, te dará señales exactas, que encontrarás en los primeros reconocimientos, ó mandará letras á tu favor y á plazos muy largos contra alguna casa de reconocido crédito, pero muy distante del punto de tu residencia, y para recibir giros sobre estos créditos, supuestos, te pedirá cantidades que anotarás en cuenta corriente. No te faltará el plano topográfico del punto donde te aseguren se ocultó el tesoro, ni reales despachos para identificar la persona, cuyo nombre se ha tomado, ni se omitirá medio para conseguir que *muerdas el anzuelo*, y una vez en correspondencia con el estafador, te colocará en las horcas caudinas, é irás descargando tus bolsillos de un modo sensible á tu reputación.

Te parecerá una paradoja cuanto voy anotando; pero desgraciadamente es una verdad de algunos bien sabida. Tales son los medios de que se valen estos seres corrompidos, para estafar á los incautos y burlar la vigilancia de sus gefes.

No es menos cierto que es crecidísimo el número de individuos que han experimentado la amargura de tan ridículos engaños, y lo mas sensible que aún continúan pres-tando tributo á la suspicacia de estos criminales, capaces de suplantar hasta el pensamiento.

Parece un anacronismo que en el siglo de las luces haya tantos incautos en nuestra patria; pero se comprende,